Unamuno desde América
(Itinerario de una recepción)

Hoy como ayer la figura y la obra de Miguel de Unamuno siguen presentando una riqueza de perspectivas y unas dificultades de enfoque poco comunes. En este cincuentenario de su muerte parece haber madurado, sin embargo, la posibilidad de una revisión más objetiva y distanciada que en casos anteriores.

El primer problema, como se sabe, consiste en que Unamuno logró lo que se había propuesto: imponer su presencia de «hombre de carne y hueso» en la consideración de la posteridad, casi tanto como frente a sus contemporáneos. Durante décadas se prolongó la «lucha a brazo partido» del lector con sus ideas y sus palabras y, más aún, de esos mismos lectores entre sí.

Hoy, sin embargo, y es la primera conclusión provisoria de este cincuentenario, Unamuno ha perdido proximidad, su figura ha desaparecido del primer plano, se va atemperando la polémica en torno de los temas conflictivos y el análisis puede aspirar a precisiones más despojadas de lo circunstancial.

Estamos, pues, en mejores condiciones para reexaminar el tema de sus relaciones con América, tan ampliamente estudiado en libros, ensayos y decenas de artículos. [1]

Nuestra revisión procurará señalar las características de los diferentes momentos de las relaciones entre Unamuno y América, escrutando aquellos aspectos que contribuyen a la estructuración de varias imágenes sucesivas.

1. Entre España y América

Tras una larga etapa de apartamiento entre España y América, comienza a crecer, a fines del siglo XIX, la idea de una *comunidad hispánica*. En 1884 se funda, por ejemplo, en la Universidad de Madrid, la Unión Iberoamericana que, aunque tuvo como promotores a políticos conservadores y liberales —Cánovas y Castelar—, contó con la participación de escritores y críticos como Valera, Menéndez Pelayo y Unamuno. [2]

América será concebida como una prolongación de España, tal como lo había plan-

[1] *Dos libros básicos: Manuel García Blanco,* América y Unamuno *(Madrid. Gredos, 1964) y Julio César Chaves.* Unamuno y América *(Madrid. Ed. Cultura Hispánica, 1964). Y una completísima compilación bibliográfica: Pelayo H. Fernández,* Bibliografía crítica de Miguel de Unamuno *(Madrid. José Porrúa-Turanzas, 1976). Me he ocupado parcialmente del tema en mis libros* Historia de la crítica española contemporánea, *2.ª ed. (Madrid. Gredos, 1974), pp. 126 y ss., y* Relaciones literarias entre España y la Argentina *(Madrid. Cultura Hispánica, 1983).*

[2] *Carlos Rama,* Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina *(México. Fondo de Cultura Económica, 1982), pp. 174-180.*

teado Angel Ganivet en los textos precursores de su *Idearium español* (1897). Si ninguna acción exterior podría restaurar la grandeza material de España, cabía reconstruir la unión familiar de los pueblos hispánicos en el culto de unos mismos ideales. Este esfuerzo, que Ganivet concebía como una gran misión histórica y una creación política importante y original, está en la base de la teoría de América de Unamuno.

Después de los estudios de García Blanco y de Chaves, pocos elementos pueden ser añadidos al retrato de este americanista cuyas primeras impresiones surgieron de la lectura de la modesta biblioteca de su padre indiano, y que nunca viajó a América, aunque tuvo proyectos y oportunidades para hacerlo. Pero ya en 1894, con su artículo sobre *Martín Fierro,* precursor en la apreciación y difusión del poema, emprendió una labor de crítica de las ideas y las letras americanas única por su volumen, variedad y originalidad de enfoque.

Su incansable y actualizado registro de lecturas se concentra, sin embargo, obsesivamente, en un pequeño núcleo de pensamiento y de acción, el mismo que asedia y acosa, simultáneamente, desde los cauces de diversos géneros. Su menosprecio por la pura erudición, porque no responde a una instancia vital y moral, su desdén por los métodos objetivos, lo apartan de la crítica académica y lo inclinan al ensayo donde lo literario es «texto de libres pláticas, sin rigor descriptivo, analítico o valorativo».

En esa masa de ensayos, recogidos en parte por García Blanco, se delinea una teoría de lo americano en la que se proyectan aquellas mismas preocupaciones fundamentales: el hombre de carne y hueso angustiado por su inmortalidad; la lengua, sangre del espíritu explorada en su fondo popular, hablado, vivo, intrahistórico; la educación como camino hacia lo propio, el antimodernismo y la galofobia.[3] Y, sobre todo, al trasluz de lo americano, de su historia y de su presente, de su cultura y de sus ideas, la agria crítica de España y de los españoles, el diálogo vivo y áspero con espíritus afines, la violencia contra los impostores y mediocres, en frecuentes cambios de opinión que hacen difícil percibir el verdadero cuadro de sus *simpatías y diferencias.*

Así debieron verlo sus contemporáneos —y ésta es su primera imagen desde América—, en la época de máxima intensidad de su labor crítica, entre 1900 y 1924, en las páginas de *La Lectura, La Nación, Caras y Caretas* y en otros periódicos y revistas españolas e hispanoamericanas. Sus relaciones con Rubén Darío, José Enrique Rodó, Amado Nervo, Ricardo Rojas, Juan Zorrilla de San Martín, Ricardo Palma, Rufino Blanco Fombona, Carlos Vaz Ferreira, Manuel Gálvez; sus lecturas de historia y de literatura americanas; su inmensa admiración por Sarmiento, sus preferencias por Martí y José Asunción Silva, han sido repetidamente estudiadas.

Queda abierta, por cierto, la indagación hacia otras zonas y niveles. Por ejemplo, de sus epistolarios se deduce que su labor crítica sobre la literatura hispanoamericana no siempre le resultaba placentera y que, a su juicio, esa sociedad nueva en la cual cifraba la esperanza de una regeneración de España, estaba tan seriamente minada como Europa por los peores males. «Lo de la crítica de libros americanos me pesa cada vez

[3] *Ignacio M. Zuleta, «Razón, sensibilidad y poética (Otro deslinde unamuniano)»,* Cuadernos para investigación de la literatura hispánica 6, *Madrid (1984), pp. 107-134.*

más, pues me cuesta mucho ser severo y hay que serlo. En general valen poco», le escribe a Jiménez Ilundain en 1902, a poco de haber comenzado con esta tarea, Y un par de años más tarde, agrega: «Me figuro que, si bien se encuentra en plena prosperidad económica, se masca allí la memez. Allí no hay roca viva, aquello es todo tierra de aluvión, allí se admira a Ferri, a Max Nordau, a Le Bon... Allí se nutren los intelectuales de la Biblioteca Alcan».[4]

También sus juicios sobre libros y autores deberían ser revisados confrontando las diferentes perspectivas que surgen de textos distintos, a veces, notablemente contradictorios. (Esto es bien sabido en los casos de Darío y Rodó, pero podría profundizarse algún caso límite como el de la coexistencia de juicios elogiosos con referencias tremendamente despectivas sobre la persona y la obra de Enrique Larreta.)

Desde América, y mediante un método comparativo riguroso, se deberían enfocar, por cortes sincrónicos, las circunstancias concretas de la recepción —y de la no recepción—, de las ideas de Unamuno en el contexto de otros contactos, lo cual permitiría, entre otras cosas, establecer su real productividad. Un capítulo especial es, por ejemplo, el de las relaciones simultáneas entre Unamuno y los sectores opuestos del socialismo y del nacionalismo hispanoamericano. Una confrontación detallada de figuras, hechos y textos permitiría establecer un mapa ideológico mucho más preciso que el actual.

Pero dentro de los propósitos de este trabajo, basta con señalar que en apenas una década, la primera de este siglo, la fama de Unamuno se extendía a toda América, como lo acreditan, por ejemplo, las reacciones suscitadas por su destitución como Rector, en 1914.

En la década siguiente, precisamente cuando comienza a menguar su actividad como crítico de las letras americanas, crece su imagen de educador político que halla en América la solidaridad de las minorías intelectuales y el interés del público de los grandes diarios y revistas. En junio de 1921, desde Salamanca, «donde me tienen como preso», dirige su mensaje a la juventud argentina donde juzga duramente a la Monarquía española. A fines del mismo año, emite su llamado a los liberales de América donde refuerza la denuncia anterior y, finalmente, en 1923, la famosa carta a un profesor español en Buenos Aires, publicada como los textos anteriores en la revista *Nosotros,* es el detonante de su confinamiento en Fuenteventura y de su posterior exilio en Francia.

Este episodio que constituye un verdadero gozne biográfico por las repercusiones que tuvo en las relaciones de Unamuno con la intelectualidad española, tuvo su escenario en América y consolidó sus vinculaciones americanas. En efecto, en aquella carta el violento ataque a la Dictadura se contemplaba con durísimas calificaciones al diario *El Sol,* «papel higiénico», y a los «miserables esclavos» que lo redactaban. El «energumenismo» de Unamuno, tan combatido por Ortega, alcanzaba una de sus cotas más altas enfrentando, precisamente, al órgano periodístico del grupo orteguiano. La revista porteña publicó inmediatamente una carta donde se aclaraba que *El Sol,* órgano independiente, apoyaba al Directorio «en lo que tiene de provechoso», y desmentía la «especie ca-

[4] *Miguel de Unamuno, «Carta a Pedro Jiménez Ilundain», en Hernán Benítez,* El drama religioso de Unamuno *(Buenos Aires. Universidad de Buenos Aires, 1949), pp. 358 y 395.*

lumniosa» de que en él se hubiese afirmado que en España había «libertad de propaganda liberal». [5]

La violencia de la polémica se origina, sin duda, en la convicción que tenía Unamuno de que buena parte de la intelectualidad española no resistía como debiera la política imperante. Casi sesenta años más tarde, Francisco Ayala da su testimonio de aquel episodio: «En la pelea enconada que desde su exilio en París mantenía don Miguel de Unamuno contra su tocayo el dictador, obsequió con diatribas feroces a quienes él consideraba intelectuales indiferentes, o anuentes, o renuentes; y no le faltaba para ello base real, sin que por esto nos parecieran en su exceso, justificadas entonces, ni tampoco hoy me parezca que lo estaban.» Y explica, a continuación, que no se trataba de anuencia sino de una deliberada indiferencia ante una situación que iba a caer por su propio peso. [6]

El caso concluye, desde la otra orilla, con la publicación de diversos manifiestos y noticias de apoyo al desterrado, nuevas expresiones de solidaridad americana que habrán pesado, sin duda, en su ánimo durante aquellos días de distanciamiento físico y, al menos en parte, espiritual, de su patria. Son, asimismo, los años de la publicación en la Argentina de algunos de los primeros ensayos elogiosos de su obra como poeta y como filósofo: *Acerca de Unamuno poeta* (1923), de Jorge Luis Borges; *La filosofía de Unamuno* (1928), de Manuel Gálvez. También en Buenos Aires, por su expresa voluntad, apareció *Cómo se hace una novela* (1927), en edición que durante años fue el único texto accesible de este fruto principal de su exilio.

Entretanto, sus acompañantes en París eran, principalmente, hispanoamericanos como Alcides Arguedas y Alfonso Reyes. Este último intermediará entre el desterrado y Valéry-Larbaud para superar un viejo malentendido y lograr, de este modo, la solidaridad de un prominente grupo de intelectuales franceses. [7]

En 1930, cuando Unamuno vuelve a España, es restituido a su cátedra y, con la llegada de la República, a su Rectorado. Pero él, que había propuesto una República «para todos los españoles, republicanos o no», no tarda en enfrentarse también con ella. En julio de 1932, al responder a una encuesta del escritor argentino Norberto Frontini, declara que todavía no ve cambios con la República y que no cree posible «por hoy, ni fascismo ni comunismo». Se halla dedicado a su poesía y a su teatro, y ha aflojado sus relaciones con la Argentina. [8]

Se preparaban los turbulentos días de agosto de 1936, cuando su condena de Azaña provoca su destitución de todos los cargos honoríficos. Sobrevendrá luego su acercamiento al régimen militar, el episodio del 12 de octubre en el paraninfo de la Universi-

[5] *«Mensaje de Miguel de Unamuno a la juventud argentina».* Nosotros, *a. 15, vol. 38, 146 (julio 1921), pp. 258-287; «Un llamado de Don Miguel de Unamuno a los liberales de América»,* íd., *a. 15, vol. 39, 150 (noviembre 1921), pp. 429-430; «Un grito del corazón, hermosas palabras de un hombre libre»,* íd., *a. 17, vol. 45, 175 (diciembre 1923), pp. 520-521; Félix Lorenzo, «Unamuno y* El Sol», íd., *a. 18, vol. 46, 178 (marzo 1924), pp. 437-439.*

[6] *Francisco Ayala,* Recuerdos y olvidos *(Madrid. Alianza Editorial, 1982), p. 118.*

[7] *Paulette Patout,* Alfonso Reyes et la France *(Lille. Université de Lille III, 1981), pp. 121, 138, 242, 317.*

[8] *Norberto A. Frontini, «Una página inédita de don Miguel de Unamuno»,* Correo Literario *(Buenos Aires), 8 (1 de marzo de 1944), p. 3.*

dad de Salamanca y, con él, la nueva destitución, el aislamiento y la soledad que precedieron a aquel último 31 de diciembre.

2. La muerte de Unamuno: segunda imagen desde América

La noticia de la muerte de Unamuno llegó a América en el clima de conmoción que la guerra civil había suscitado en estos países y sobre el trasfondo confuso de aquellas máximas contradicciones últimas. Pero en poco tiempo comienza a crecer la que llamaríamos segunda imagen de Unamuno, después de su muerte.

En el diario *La Prensa* de Buenos Aires correspondiente al día primero de enero de 1937, no aparece todavía ninguna información. El domingo tres, dos columnas centrales de la mitad inferior de la página ocho, contienen la nota necrológica con una buena síntesis de la personalidad del difunto y sin la menor referencia a sus controvertidas posiciones últimas. Una breve información sobre el entierro —realizado el viernes primero—, alude a la concurrencia de los profesores de la Universidad y a la ausencia de toda representación oficial del Gobierno. Al día siguiente, una breve nota resume los juicios de la prensa revolucionaria y, debajo, un cable de United Press informa que Unamuno trabajaba en un nuevo libro: *El resentimiento trágico de la vida en España.* Notas sobre la revolución».

Habrá que esperar casi dos meses para una recordación de mayor envergadura. El 28 de febrero, en la segunda sección del diario, Ramón Pérez de Ayala firma un artículo titulado *Los muertos del año; Valle-Inclán, Cunnighame Graham, Grandmontagne, Unamuno,* donde, en lo que concierne al último, recuerda su amistad, sus primeras lecturas y lo define como «un gran niño», de «virginidad pueril». Su balance, restringido y poco entusiasta, se ampara en su convicción de que «el momento inmediato a la muerte de un gran hombre es el menos apto para formular juicios perentorios de posteridad».

En la primera página del diario *La Nación* del viernes primero de enero de 1937, dos columnas completas y centrales, con fotografía del difunto, contienen una nota necrológica que comienza: «Unamuno desaparece en el momento más crudo del hondo drama español». Se trata de una excelente síntesis de vida y obra con especial referencia a las hondas vinculaciones de Unamuno con América, fundadas en la creencia de que «una gran parte de ella es hechura y desarrollo de España». También faltan en este caso alusiones a los últimos episodios.

El domingo tres se informa sobre los funerales y el sepelio. Se transcribe, también, una nota especial de Gregorio Marañón, quien desde París dice: «Ha hecho bien en morirse Unamuno. Muchas veces he pensado en lo difícil que iba siendo que en su vida gloriosa de profeta encontrase un término adecuado a la egregia parábola que su inquietud profunda ha trazado en la historia del pensamiento y del sentimiento españoles». Dos semanas más tarde, en el suplemento literario del domingo 17 de enero, el mismo Marañón profundizaba este enfoque en su artículo *Muerte y resurrección de un profeta.* Allí proponía, en efecto, situar su vida en el punto exacto dentro de la vida española y europea, y explicaba sus paradojas y contradicciones por su «lealtad con la historia y con la verdad».

El domingo siguiente, 24 de enero, el ensayista argentino Carlos Alberto Erro, en su artículo *Miguel de Unamuno,* declaraba su deuda intelectual con él y, en relación con el punto candente que venimos considerando, decía: «Unamuno —inveterado inconforme— ha muerto como tenía que morir; solo con su conciencia, repudiado por igual por los dos bandos en que hoy se divide y se desangra España», y a continuación profundizaba en el pensamiento de Unamuno y en sus notables anticipaciones de la filosofía posterior.

Más adelante, el 21 de febrero y el 14 de marzo, aparecen en *La Nación* dos artículos de Américo Castro fechados en Ginebra y Zurich, respectivamente. En el primero de ellos, evoca la persona y la palabra de Unamuno y su «que inventen ellos», opuesto a los ideales de «unos jóvenes de 1909», con evidente alusión a la polémica con Ortega quien, como se sabe, en un famoso artículo de *El Imparcial* de septiembre de aquel año, al asumir la voz de los «papanatas» denostados por el vasco, incluía unas cuartillas del joven Castro para demostrar la importancia de lo europeo en la filología española. [9]

Ahora recuerda Castro sus conversaciones con Unamuno, mientras visitaban juntos el frente bélico italiano, y él veía en el ruralismo unamunesco un enorme peligro para España. En el segundo de aquellos artículos se intensifica bruscamente la severidad y la violencia del tono: «Me parece que las ideas claras y exigentes le rebotaban en la testa como piedrecitas en botijo. En el fondo le repugnaban, las detestaba, no sé si por incapacidad o por resentimiento», dice; y agrega: «Parece extraño que tal malabarismo, tal prurito de exhibición, haya gozado y goce en realidad de nombradía y de estima». Finalmente propone una selección de trozos de este «magnífico escritor»: «Algo así como un Unamuno desunamunizado, libre de ingenuas pedanterías».

En estos primeros silencios y en estos primeros textos quedaban esbozadas las reacciones inmediatas frente a las versatilidades del último Unamuno, pero también algunas de las principales líneas de su posterior reivindicación. Por un lado, la violenta réplica de Castro al «energúmeno español» de que hablara Ortega; por otro, la insinuación de Marañón de que después de esa muerte oportuna, podría abrirse al fin un diálogo fructífero con el gran monologante. Finalmente, Erro anticipaba su libro del mismo año, *Diálogo existencial,* [10] dedicado a la memoria de Unamuno y que contiene una de sus primeras revaloraciones como precursor de la filosofía existencial.

Este libro de Erro, de infrecuente tono confesional, comienza con su autobiografía, la de un joven argentino formado en las ideas de Renan, Guyau, Spencer y Comte, que se rebela contra ellas y, en ese estado de espíritu, descubre a Unamuno y devora *Del sentimiento trágico de la vida* y *Vida de Don Quijote y Sancho:* «Entonces se aflojaron, y se rompieron al fin, los frenos inhibitorios de mi conciencia», [11] declara. Una entrevista con Heidegger y una nota sobre Kierkegaard, Bloy y Péguy. Un artículo pos-

[9] *José Ortega y Gasset, «Unamuno y Europa, fábula», en* Obras completas *(Madrid. Revista de Occidente. 1983), t. I, pp. 128-132.*

[10] *Carlos Alberto Erro.* Diálogo existencial *(Buenos Aires. Sur, 1937).*

[11] Ibíd., *p. 21.*

terior suyo, *Kierkegaard y Unamuno,* afina la estimación de diferencias y semejanzas entre ambos y los vuelve a ubicar entre los precursores del existencialismo. [12]

La revista *Nosotros,* donde Unamuno había colaborado desde su fundación en 1907, y que lo había apoyado siempre con solidaridad notable, se limita a anunciar su muerte en enero de 1937, y a agregar la transcripción de un texto de la *Antología* de Federico de Onís, un reportaje y un artículo de Hugo Cowes, *Don Miguel de Unamuno y sus contradicciones,* donde sus últimas actitudes quedan explicadas como formas finales de su lucha quijotesca.

Por su parte, *Sur* publica un artículo de Guillermo de Torre, fechado en París, *Unamuno o el rescate de la paradoja,* reproducido en *Vendredi* (París), en *El Nacional* de México y en otras publicaciones americanas, y recogido luego en su libro *La aventura y el orden* (1943). En él aborda directamente el tema de la adhesión de Unamuno al alzamiento militar y el de su rechazo posterior, como corolario de una vida de guerra civil signada por un paradojismo esencial. En el mismo número de *Sur,* Jorge Luis Borges reiteraba su antigua admiración para declararlo «primer escritor del idioma», cuya obra perduraría «en la prosecución de las fecundas discusiones que propone». [13]

Menos entusiasta fue el artículo que por esas fechas publicara Enrique Anderson Imbert, quien ponderando la calidad de gran escritor de Unamuno, se preguntaba, sin embargo, si su ética sin valores espirituales, mas bien una «estética de orgías», no era análoga a la de los generales del «muera la inteligencia y viva la muerte», a quienes había enfrentado en sus últimos días. [14]

En este mosaico de opiniones se superponen, en claroscuro, los restos de una intensa admiración al escritor y al hombre público, el gradual desvanecimiento de su persona, que tanto había pesado en el escenario hispánico, la confusión de las primeras noticias y la refracción en América de las diferentes posiciones dentro del bando republicano y fuera de él. No había llegado la hora del balance ponderado, pero en pocos años el panorama habría de cambiar extraordinariamente.

3. Reivindicación y mito: la tercera imagen

Los primeros pasos de la reivindicación de Unamuno se cumplen en América, por obra de los exiliados españoles. A la mayoría de ellos podría aplicárseles lo que dice Luis Alberto Sánchez de los críticos literarios: «Al salir de su medio, los emigrados españoles consagrados a la crítica dejaron de lado las ilusiones inmediatas, ampliaron los alcances de su visión y, con indudable imparcialidad, trataron de destacar méritos efectivos y deslindar situaciones y características constructivas». [15] Al precio dolorosísimo del

[12] *Carlos Alberto Erro, «Unamuno y Kierkegaard»,* Sur *49 (octubre 1938), pp. 7-21.*

[13] *Guillermo de Torre, «Unamuno o el rescate de la paradoja»,* Sur *28 (enero 1937), pp. 55-64; Jorge Luis Borges, «Inmortalidad de Unamuno»,* íd., *pp. 92-93.*

[14] *Enrique Anderson Imbert, «Unamuno y su moral de orgía», en* La flecha en el aire *(Buenos Aires. Gure, 1972), pp. 222-226.*

[15] *Luis Alberto Sánchez, «La España peregrina y otros peregrinos»,* Historia comparada de las literaturas americanas, *t. IV (Buenos Aires. Losada, 1976), p. 264.*

desarraigo, los españoles peregrinos o «transterrados» adquirieron distancia para verse a sí mismos y para ver a España desde una óptica menos nacionalista y más universal. En algunos de ellos esta evolución tuvo los caracteres de una verdadera conversión como lo han señalado, entre otros, Juan Marichal y José Luis Abellán. [16]

Salvando las diferencias individuales, la constelación de temas que preocupaban a los españoles del exilio tuvo un escenario de discusión privilegiado en América, por cuanto allí convergían las preocupaciones del mundo hispánico total: España y lo hispánico en el mundo moderno, la búsqueda de la propia identidad, la índole profunda y los conflictos de nuestras sociedades y de sus estructuras institucionales y políticas, la crítica y el balance del liberalismo y del nacionalismo. A veces predominó el enfoque político o sociológico o literario; en otros casos, la discusión se orientó hacia la filosofía.

Como se sabe, el brillante núcleo de los filósofos españoles emigrados produjo la parte principal de sus obras en América. Y en esta tarea de reconstrucción de una filosofía española desde América y, más aún, de su reinserción en un panorama más universal, creció la revaloración del pensamiento unamuniano en sí mismo considerado, y en relación con la función social y misional del filósofo.

José Gaos desde México, por ejemplo, al abordar el problema de la negación de la índole filosófica del pensamiento hispánico, reivindica para obras como *Los motivos de Proteo,* las *Meditaciones del Quijote* o *Del sentimiento trágico de la vida,* plenamente, aquella naturaleza. A partir de ellas es posible desarrollar una filosofía centrada en el hombre de carne y hueso, en su circunstancia, tal como lo proponían Unamuno y Ortega. Después de Sartre no es posible aceptar la incompatibilidad del «ejercicio y profesión filosóficos con los literarios», sostiene Gaos, quien piensa que esta evolución abre nuevas perspectivas a una filosofía original de los pueblos hispánicos.

Juan David García Bacca, desde Caracas, encaraba a Unamuno con análogos replanteos: «no tenemos el punto de vista de la exposición *técnica* como un criterio ni para valorar la altura de un filósofo (...) ni siquiera como una condición *necesaria* para pertenecer con plenos derechos a la clase de filósofo». A partir de este abordaje establece que el sentimiento trágico de la vida, raíz y principio del pensar unamuniano, tiene valor específicamente filosófico y se aplica, además, a problemas teológicos y religiosos. Su análisis, que incluye comparaciones con Descartes y Heidegger, culmina en la cuestión del «principio de individuación mediante el sentimiento», no estudiado, y que él desarrolla a propósito de Unamuno. [17]

Esta revaloración de Unamuno en el marco de una reconstrucción del pensamiento hispánico en América, prevalece también en algunos estudios de conjunto no supera-

[16] *José L. Abellán, «Filosofía y pensamiento: su función en el exilio de 1939», en* El exilio español de 1939 *(Madrid. Taurus, 1976), pp. 151-208; Juan Marichal, «El pensamiento español transterrado (1939-1979)», en* De historia e historiadores; Homenaje a José Luis Romero *(México. Siglo XXI, 1982), pp. 167-179.*

[17] *José Gaos,* La filosofía en la Universidad *(México. UNAM, 1956), p. 171, y* Confesiones profesionales *(México. Tezontle, 1958), pp. 113-115; Juan David García Bacca, «Unamuno o la conciencia agónica», en* Nueve grandes filósofos contemporáneos, *t. I (Caracas. Ministerio de Educación Nacional, 1947), pp. 95-176. Desde otros ángulos, el mexicano Agustín Basave Fernández del Valle parte del pensamiento unamuniano para su fundamentación de una* antroposofía metafísica, *en su* Filosofía del hombre, *prologado por M. F. Sciacca (México. Fondo de Cultura Económica, 1957).*

dos que contribuyen, también, a delinear aquella imagen de que hablábamos. Citaremos, en especial, *Unamuno; bosquejo de una filosofía,* de José Ferrater Mora, publicado en Buenos Aires por Losada, en 1944, y que mereció los más elogiosos comentarios en toda América por la profundidad y objetividad de su enfoqaue, síntesis orgánica y reveladora de lo biográfico, lo filosófico y lo literario. Allí describe el valor metódico que la novela posee para Unamuno, como primer paso de una analítica existencial.

Una eficacísima voluntad abarcadora preside, también, *El pensamiento de Unamuno,* de Segundo Serrano Poncela, editado por el Fondo de Cultura Económica de México, en 1953. Partiendo de la biografía del hombre en su mundo, se llega hasta la plena revelación de la weltanschaung unamuniana definida como una filosofía quijotesca tendiente a fundar una actitud vital más que un pensamiento teórico. Varios años más tarde, Serrano Poncela describirá cabalmente la situación de muchos intelectuales exiliados frente a Unamuno, el complejo de culpa de su generación por no haber escuchado sus proféticas advertencias contra los extremismos, entre los años 32 y 36. Y agrega: «Mi generación (...) los mozos de la guerra civil propensos a cierta vesanía que nos condujo, como generación —y no sólo como individuos— a la muerte, la mutilación del cuerpo en ocasiones, y en todo caso, a la del espíritu (...) y también a la mutilación del cuerpo de España». Por eso, Unamuno es el maestro que más ha influido en su «reformación y autocrítica personal». [18]

En este proceso de autocrítica individual y generacional se hallaban muchos españoles, sobre todo a partir de esa década de los cincuenta. Interesa especialmente el caso de Guillermo de Torre, quien había publicado su primer artículo sobre Unamuno en Buenos Aires, en 1928, en un tono coincidente con el de sus camaradas orteguianos, de rechazo del paradojismo y el nihilismo: «¡Cuán patéticos resultan sus trenos y desesperanzas! ¡Cuán paradójicas sus avideces de infinito, mezcladas con míseras realidades del contorno!» [19] Al año siguiente hubo un intercambio polémico entre ambos a propósito de la publicación de *Virgin Spain,* de Waldo Frank, traducido por Unamuno y, finalmente, en 1937 apareció en *Sur* la nota ya mencionada, *Unamuno o el rescate de la paradoja.*

Cinco años más, en 1942, Torre, activo agente de las interrelaciones entre España y la Argentina a través de sus colaboraciones periodísticas y su labor editorial, publica un ensayo sobre *Unamuno y Ortega* que tiene para nosotros especial interés porque encierra una de las posibles claves, poco explorada, del ascenso de la imagen de Unamuno correlativa al descenso de la popularidad de Ortega, originado en razones políticas. (Recuérdese la marginación hostil padecida por Ortega durante su permanencia en la Argentina, entre agosto de 1939 y febrero de 1942.) Es significativo que Torre, gran orteguiano desde siempre y uno de los críticos más activos de la *Revista de Occidente,* se refiera ahora a la ambigüedad de la posición de Ortega en la Argentina, se pregunte si seguirá influyendo y prediga que Unamuno sí aumentará su influencia en

[18] *Segundo Serrano Poncela, «Apología de Unamuno»,* Revista Nacional de Cultura *(Caracas) (octubre-diciembre 1964), pp. 94 y 97.*

[19] *Guillermo de Torre, «Cómo se hace una novela o los soliloquios obsesionantes de Unamuno»,* Síntesis *11 (abril 1928), p. 113.*

España y América. [20] (Años más tarde será el propio Torre el autor de uno de los más certeros panoramas de las relaciones de Unamuno con América, a la luz de las nuevas recopilaciones de artículos y epistolarios.) [21]

A medida que el tiempo —«gran Esculapio», como decía Galdós—, iba atenuando el escándalo de las últimas contradicciones, la imagen de Unamuno se agrandaba y, hasta cierto punto, se mitificaba, hipertrofiando su quijotismo, su condición de héroe civil y su profetismo religioso. Para no detenernos en ejemplos extremos como el de *San Miguel de Unamuno* (1954) del ecuatoriano Benjamín Carrión, pensemos en *Sarmiento y Unamuno* (1949), del argentino Dardo Cúneo, cuyo vigoroso y detalladísimo paralelo de personalidades y de actitudes culmina en un «Sarmiento unamunesco y un Unamuno sarmientino», que no mueren porque mueren entre paradojas, mueren de lucha, vigilia y de guerra. [22]

Unamuno y la discusión del existencialismo. El problema religioso

Por estos mismos años de los finales de la década de los cuarenta hasta el fin de los cincuenta, el pensamiento y la obra de Unamuno son revisados en América desde dos nuevas facetas: 1) la de sus relaciones con el existencialismo, 2) la del problema de su religiosidad.

Con respecto a lo primero —recordemos el carácter precursor del libro de Carlos Alberto Erro—, es evidente que a medida que el existencialismo se difundía, los buenos lectores de Unamuno reconocían sorprendentes coincidencias con algunos de sus temas principales. Guillermo de Torre, por ejemplo, en *Estética y filosofía del absurdo,* señalaba algunos de esos puntos coincidentes: el sentimiento de la nada, la angustia metafísica y el afán de absoluto, la irracionalidad. Y concluía con el redescubrimiento de un hecho repetido a lo largo de la historia española: «Ese Unamuno que, a no ser esencialmente asistemático, hubiera hecho un sistema de la irracionalidad —o suprarracionalidad— quijotesca, prefigura ya en gran parte cierta estética y filosofía del absurdo ahora en el candelero. Asombra, por consiguiente —mejor dicho, está en la ley, dentro de la secular y universal injusticia aplicada a lo español—, que puestos a desarrollar precedentes, los exégetas del existencialismo —según precisaremos más adelante— no le citen nunca; y más aún que Albert Camus, teorizante del absurdo, en *Le mythe de Sisyphe,* exhiba antecesores colaterales e ignore éste, el unamunesco, tan directo y próximo.» [23]

Conectada con la ubicación de Unamuno como precursor del existencialismo, aflora la segunda vertiente, antes aludida, del problema religioso. No cabe aquí que revise-

[20] *Guillermo de Torre, en* La aventura y el orden *(Buenos Aires, Losada, 1943), pp. 65 y ss. y ss.*

[21] *Segundo Serrano Poncela, «Unamuno», en* Tres conceptos de la literatura hispanoamericana *(Buenos Aires. Losada, 1963), pp. 45-72. Muy lejos de la moderación y el espíritu objetivo de Torre, se halla el libro del dramaturgo español residente en la Argentina, Jacinto Grau,* Unamuno, su tiempo y su España *(Buenos Aires. Alda, 1946). Se trata de un libro ocasional, más significativo por sus diatribas contra Ortega y contra el régimen franquista, que por su tratamiento del tema anunciado.*

[22] *Dardo Cúneo,* Sarmiento y Unamuno, *2.ª ed. (Buenos Aires. Transición, 1955), pp. 153-154.*

[23] *Guillermo de Torre, «Estética y filosofía del absurdo»,* Realidad *9 (mayo-junio 1948), pp. 397-398.*

mos a fondo este asunto, pero apuntaremos que no sólo aparecieron en América documentos e interpretaciones de capital importancia, sino que, en algunos casos, dicha problemática se injertó en un terreno específicamente americano. En primer término recordemos las diez cartas a Juan Arzadún, publicadas en la revista *Sur* de Buenos Aires en el año 1944, valioso repositorio de datos autobiográficos, opiniones literarias —sus primeras impresiones sobre el *Martín Fierro,* en 1892, antes de su famoso artículo de 1894—, y, sobre todo, de las primeras noticias sobre su *Diario íntimo,* el que hallaría Zubizarreta.

En segundo lugar, hay que mencionar otro conjunto epistolar, las cartas inéditas de Unamuno y de Pedro Jiménez Ilundain, editadas en dos números sucesivos de la Revista de la Universidad de Buenos Aires, por Hernán Benítez, en 1948, e incorporadas al año siguiente como apéndice de su libro *El drama religioso de Unamuno.*

Ya desde las primeras páginas de este libro resulta evidente que Benítez batalla contra un enemigo universal: «el ventarrón existencialista contemporáneo (...) cargado de tanto polvo de ateísmo, de materialismo», y contra otros adversarios más próximos y concretos, los que llama extremistas de izquierda, los del *odium theologicum* y los de derecha, del *odium antitheologicum.* Contra los primeros, que lo consideran nihilista y ateo, y contra los segundos que lo ven como hereje y apóstata, el P. Benítez procura demostrar que Unamuno fue un hombre religioso de fe ardiente y terrible, cuyo esfuerzo por racionalizarla, lo llevó a abandonar las prácticas cristianas. Refuta las versiones de un Unamuno socialista —especialmente la de Dardo Cúneo—, y afirma que, de haber vivido, hubiera militado en una «tercera posición», «auténtica justicia social informada por el espíritu del evangelio». Es evidente que esta formulación provenía, más que de Unamuno, del propio Benítez, sacerdote jesuíta y filósofo, director de la *Revista de la Universidad de Buenos Aires,* director espiritual de la Fundación Eva Perón y confesor de esta última hasta su muerte. Esta interpretación corresponde, pues, a un momento histórico concreto, el de una elaboración doctrinaria muy compleja que, en lo que concierne a lo religioso, atravesaría las sucesivas fases determinadas por un primer Perón nacionalista y católico y un segundo Perón, enfrentado con la jerarquía eclesiástica en las postrimerías de su primer gobierno. [24]

Algunos años más tarde aparecen, también en Buenos Aires, *Trece cartas inéditas a Alberto Nin Frías* (1962), con un prólogo y glosas de Pedro Badanelli. Este conjunto epistolar contiene temas literarios, políticos y, sobre todo, religiosos. Unamuno aprecia en Nin Frías su sentimiento religioso y cierta orientación espiritual poco común en América. Como en el caso anterior, tienen especial importancia las glosas del comentarista, Pedro Badanelli, sacerdote y escritor español residente en Buenos Aires desde 1930. En los años finales del primer peronismo se le atribuyó el haber preparado la fundación de una Iglesia Justicialista Argentina. [25] Sus notas a las cartas de Unamuno abundan

[24] *Hernán Benítez, «Unamuno y la existencia auténtica»,* RUBA, *cuarta época, año II, 7 (1948), pp. 47-87; 8 (1948), pp. 263-293 y 296-357;* íd., El drama religioso de Unamuno *(Buenos Aires. Universidad de Buenos Aires, 1949), esp. pp. 12 y 120.*

[25] Trece cartas inéditas de Miguel de Unamuno a Alberto Nin Frías; Prólogo y glosas de Pedro Badanelli *(Buenos Aires. La Mandrágora, 1962). Pedro Badanelli,* Perón, la Iglesia y un cura *(Buenos Aires. 1960, 4.ª ed.).*

en ataques al catolicismo español, a los obispos argentinos, a la «mariolatría» —que explica psicoanalíticamente—; y manifiesta abiertamente sus rencores y preferencias.

Las interpretaciones de Benítez y Badanelli no constituyen casos de influencia unamuniana, sino más bien dos curiosos fenómenos de refracción en el sentido comparatista, puesto que las ideas *tocan* una zona receptora sensible a un determinado problema y refractan, vale decir que distorsionan el impulso recibido en una respuesta que lo transforma en un grado superior al perceptible en todo fenómeno de recepción.

Entre tanto, en España el peruano Armando Zubizarreta iba cumpliendo su labor erudita e interpretativa que culminaría en el hallazgo del *Diario* mencionado por Arzadún, y con la publicación de varios artículos, entre 1958 y 1959, reunidos en su libro *Tras las huellas de Unamuno* (1960). Zubizarreta basaba en documentos desconocidos su caracterización del camino de Unamuno hacia la existencia como base de su filosofía. Reconstruía, asimismo, la crisis de 1897 y la describía sobre la base del *Diario*. A su juicio, no caben dudas sobre la «inserción de Unamuno en el cristianismo» contra la interpretación que Antonio Sánchez Barbudo había hecho de aquella misma crisis. Paralelamente Zubizarreta elaboraba en Salamanca su voluminosa tesis doctoral, *Unamuno en su nivola* (1960), exhaustivo estudio de *Cómo se hace una novela,* obra testimonial de una nueva ontología del hombre como *hacerse,* concebido como un *hacerse en Dios.*

Un punto de vista análogo, de explicación antropológica, fundamentará la tesis de otra hispanoamericana, Iris M. Zavala, quien enfocaba el teatro unamuniano para mostrar esa ontología del *hacerse.*

4. Revaloración de la obra: cuarta imagen

Pero este proceso de reivindicación de Unamuno desde un planteo antropológico, centrado en su figura de pensador, hombre religioso y profeta hispánico, iba acompañado de un mejor conocimiento de su obra y un interés creciente de la crítica académica. De la enorme marea de pasión unamuniana de los años cincuenta y sesenta, destacan dos hitos: 1953, fecha de la publicación del *Cancionero,* y 1961 y 1964, fechas que corresponden, respectivamente, a la apoteosis de dos aniversarios, el de los veinticinco años de su muerte y el del centenario del nacimiento.

La aparición del *Cancionero; Diario poético,* editado por Federico de Onís para Losada en 1953, impone un viraje en los estudios sobre Unamuno en un doble sentido: primero, como aporte testimonial que no sólo verificaba ideas y sentimientos encauzados en otros textos unamunianos, sino que los completaba con nuevos matices; segundo, como ratificación de una poética y una poesía que había recibido tantas críticas desfavorables en sus primeras manifestaciones. Ahora, a casi cincuenta años de su primer libro, lejos del Modernismo, muerto Unamuno y publicada la casi totalidad de su obra, la perspectiva era diferente. Federico de Onís, el editor del *Cancionero,* había estado en Buenos Aires en 1949, por invitación de *Sur,* y había anticipado las características del libro en una conferencia pronunciada en el prestigioso Colegio Libre de Estudios Superiores. Diferente del resto de sus obras porque había sido escrito para sí mismo, entre 1928 y 1936, el *Cancionero* mostraba el Unamuno íntimo, en sus preo-

cupaciones esenciales: la vejez, la fe y la incredulidad, la lengua, el amor a la patria y al terruño. [26]

Cuatro años más tarde aparece en Buenos Aires su edición del *Cancionero,* con un *Prólogo* donde se insiste especialmente en dos ideas: el hecho de que se trata de una obra unitaria, compuesta a manera de diario poético, con máxima libertad y, como consecuencia, que debe ser leído como un gran poema, repositorio de las claves del pensamiento, el arte y la personalidad de su autor.

Casi inmediatamente, Guillermo de Torre publicó en *Sur* un comentario que encabezaría por mucho tiempo la consideración crítica de esta obra. Al par que insistía en la coherencia íntima del *Cancionero* y en su valor clave para la comprensión del resto de la obra unamuniana, hacía un análisis completo de sus aspectos literarios. [27] En los años siguientes, otros críticos americanos como Francisco Luis Bernárdez y María Teresa Babín, insistieron en la importancia de este libro fundamental.

La valoración de la obra de Unamuno seguía, pues, progresando en América y, desde la palabra de sus poetas mayores como Octavio Paz y Jorge Luis Borges, hasta la investigación académica, evidenciaban ese interés mantenido que ascendió bruscamente en ocasión de los dos aniversarios, antes mencionados, de 1961 y 1964. Resulta imposible dar cuenta de todo lo que se dijo y escribió en aquellas circunstancias. Conferencias, cursos, artículos en los grandes diarios y en las revistas especializadas, volúmenes de homenaje, ediciones y reediciones, constituyen una selva bibliográfica de difícil manejo. Intentaremos delinear algunos perfiles, desde nuestro ángulo americano, conscientes de que nuestra selección incurrirá en graves omisiones.

En primer lugar, señalaremos que sin dejar de lado los grandes temas filosóficos, se privilegia ahora el aspecto literario de la obra unamuniana. Unamuno ha anticipado la concepción de la novela como camino epistemológico y ha construido una poética y una práctica novelesca precursora de algunas de las grandes aventuras narrativas contemporáneas. Veamos algunos ejemplos.

El paraguayo Hugo Rodríguez Alcalá, de larga actuación en universidades norteamericanas, publica un excelente estudio, *El escenario de «San Manuel Bueno, mártir» como «incantatio poetica»*, donde penetra agudamente en la *incantatio* por leit-motiv, y en las sugestiones paisajísticas bíblicas sobre las que se proyecta el drama de conciencia de aquella novela. (Rodríguez Alcalá ya había recogido un trabajo suyo de 1949 sobre el contraste entre las posturas de Unamuno y Ortega frente a la sinceridad, en su libro titulado *Korn, Romero, Güiraldes, Unamuno, Ortega...* [1958].) El talentoso crítico chileno Juan Villegas —ceñido a un enfoque del texto novelesco como tal—, estudia en *Niebla* la ruta entre el *estar en la niebla* (vivir inauténtico), versus *no estar en la niebla* (vivir auténtico). Un rastreo de la poética novelesca de Unamuno, en relación con su teoría de la realidad y en contraste con la vigente hacia fines del siglo XIX, fun-

[26] *Federico de Onís, «Unamuno íntimo»,* Cursos y conferencias, *año XVIII, 208-210 (1949), pp. 240-260.*

[27] *Guillermo de Torre, «Cancionero póstumo de Unamuno»,* Sur *222 (mayo-junio 1953), pp. 48-64. Destacable entre otros muchos, el trabajo de Enrique Pezzoni, «La idea de la palabra en el* Cancionero *de Unamuno»,* Cursos y conferencias, *a. XXVII, 283 (diciembre 1958), pp. 181-199 y 275-284.*

damenta la argumentación del chileno Ricardo Benavides Lillo en torno al carácter anticipatorio que aquélla tuvo. [28]

Paralelamente, recibían atención de los críticos los otros géneros renovados por Unamuno como la lírica y el teatro. El argentino Hugo Cowes, por ejemplo, examinaba la marginalidad de Unamuno frente a las formas y a los contenidos en uno de sus textos líricos, donde la organización de la realidad exterior se estructuraba en la dimensión absoluta de la presencia de Dios y en la perspectiva del yo. José María Monner Sans, por su parte, establecía las relaciones entre Unamuno y Pirandello en el teatro unamuniano, con un enfoque comparatista muy sugerente. [29]

De este modo los críticos americanos contribuían a completar la imagen de Unamuno, a esa altura de los años sesenta, cuando la internacionalización de la crítica literaria alcanza su cénit.

De nuevo, Unamuno y América

Lejos de haberse agotado, el tema de las relaciones entre Unamuno y América se reactiva extraordinariamente en estos años de los comienzos de la década de los sesenta. (Aparte de los ya mencionados libros de García Blanco y Chaves, aparecidos en 1964, tienen especial valor los estudios del puertorriqueño José A. Balseiro, *Unamuno y América,* y del español Guillermo de Torre, *Unamuno, crítico de la literatura hispanoamericana.)*

Y a medida que van apareciendo las publicaciones correspondientes a estos aniversarios, la vigencia del tema se verifica en los más variados testimonios de tipo personal, datos precisos, nuevos análisis de interrelaciones y juicios de carácter general. En algunos casos domina la nota de aprecio un tanto asombrado frente a este miembro conspicuo de la generación del 98 que —al ser reunidos sus escritos americanos—, sobresale más que nunca por su conocimiento e interés por América, en contraste con otros compatriotas suyos, anteriores y posteriores. [30]

Precisamente, lo más importante que estos nuevos textos de devoción unamuniana evidencian es el esfuerzo por levantar una imagen de Unamuno, desde América, contra algunas voces que desde España empiezan a manifestar su desinterés o a profetizar la caducidad del hombre y de la obra. (Véanse, por ejemplo, algunas opiniones vertidas en la encuesta publicada en *Insula,* en diciembre de 1961.)

Nos detendremos únicamente en tres de esos testimonios americanos de los años sesenta. El primero es el del boliviano Fernando Díez de Medina quien reafirma la admiración de los sudamericanos hacia Unamuno, declara su vigencia actual y protesta con-

[28] *Hugo Rodríguez-Alcalá, «El escenario de San Manuel Bueno, mártir, como incantatio poetica», en* Spanish Thought and Letters in the Twentieth Century *(Nashville. Vanderbilt University Press, 1966), pp. 407-428; Juan Villegas,* «Niebla: *una ruta para autentificar la existencia»,* íd., *pp. 573-584; Ricardo Benavides Lillo, «Unamuno y su metanovela»,* Anales de la Universidad de Chile, *CXXII, 130 (abril-junio 1964), pp. 129 y ss.*

[29] *Hugo W. Cowes, «Problema metodológico en un texto lírico de Miguel de Unamuno»,* Filología, *VII (1961), pp. 33 y ss.; José María Monner Sans, «Unamuno, Pirandello y el personaje autónomo»,* La Torre *35-36 (1961), pp. 387-402.*

[30] *Entre otros muchos: Jaime Peralta, «La preocupación americana en Miguel de Unamuno»,* Atenea *406 (octubre-diciembre 1964); Felipe Cossío del Pomar, «Centenario de Unamuno»,* Cuadernos del Congreso por la libertad de la cultura *88 (septiembre 1964); Ernesto Mejía Sánchez, «De Unamuno y Nervo»,* Anuario de Letras, *México. IV (1964).*

tra la tendencia revisionista «injusta y superflua» que advierte en España y ha indignado en Sudamérica: «Mal síntoma para una literatura y para una generación detenerse en la exterioridad formal de una obra intelectual, cuando no se absorbió la esencialidad creadora ni el mensaje normativo que la mueven».

El venezolano Guillermo Morón encabeza su ensayo con su testimonio personal sobre la juventud de su misma generación que leía la obra unamuniana y, concretamente, *Del sentimiento trágico de la vida,* en su reedición de la colección Austral de Espasa-Calpe, aparecida en Buenos Aires en 1938. De sus relecturas actuales concluye que se percibe un amenguamiento de la influencia orteguiana, que contrasta con el crecimiento de la unamuniana. Contra la opinión de Julián Marías, piensa que hay materia abundante como para construir una *Filosofía de Unamuno* en varios volúmenes. Y profetiza: «(...) comienza el descubrimiento de la fuerza unamuniana, con su autenticidad, su sabiduría, su esencial raíz filosófica».

El colombiano Andrés Holguín, al reexaminar las páginas americanistas —y en especial colombianistas—, de Unamuno, reitera que esa singularidad suya de su pasión por América, por lo verdaderamente americano, es excepcional entre españoles y europeos. Precisamente, de sus páginas americanistas surge todo Unamuno: su generosidad, dogmatismo, individualismo; el Unamuno ortodoxo y místico, el defensor de España y el filósofo existencialista. [31]

Estos testimonios, elegidos entre otros muchos, además de confirmar la vigencia de Unamuno en esos inicios de los años sesenta, evidencian la esperanza de que ella perduraría, sobre todo, en América.

Hemos de subrayar, finalmente, que esta vigencia no se agotaba en una recepción hasta cierto punto pasiva, en cuanto que registraba un interés cuyas proyecciones eran difícilmente mensurables. En efecto, bastará para demostrarlo un caso sobresaliente de recepción productiva de características muy notables: el del libro *Los Nombres de Unamuno,* del argentino Ezequiel de Olaso.

Olaso, joven filósofo que a la altura de sus treinta años se vuelve a contemplar el camino recorrido, revisa con nueva luz los fundamentos filosóficos de Unamuno, su estilo de enseñanza desde un punto de vista psicológico y —lo que es más original—, se anima «a acompañar al maestro en algunos ejercicios sobre temas de su predilección».

No es de ningún modo un libro superficialmente admirativo, sino revelador de las reacciones de una lucha «a brazo partido», como hubiera querido el propio Unamuno. En el aspecto filosófico, Olaso rectifica la deformación resultante de haber interpretado el pensamiento de Unamuno desde la filosofía posterior —el existencialismo, sobre todo—, y concluye que su núcleo fundamental es una Cristogonía centrada en un Dios colectivo, social y humano.

[31] *Fernando Díez de Medina, «Unamuno, rebelde impenitente»,* Cuadernos del Congreso por la libertad de la cultura *52 (septiembre 1961), pp. 31-38; Guillermo Morón, «Por leer de nuevo a Unamuno»,* Boletín de la Academia Nacional de la Historia, *Caracas, t. XLVII, 188 (octubre-diciembre 1964), pp. 507-524; Andrés Holguín, «Unamuno y América», en* Las formas del silencio y otros ensayos *(Caracas, Monteávila, 1969), pp. 193-216.*

Al llegar al núcleo de su ensayo, Olaso ejercita la práctica unamuniana del nombrar como descubrir, crear, y nombra al propio Unamuno como el Ideoclasta, el Opinante, el Demente, el Suscitador, el Inquietador, el Provocador. Y concluye con un desarrollo original de lo que llama «los símbolos de la lucha», es decir, los grandes temas unamunianos. En suma, a lo largo de este libro singular, el autor no se ha limitado a glosar el pensamiento unamuniano: ha puesto en práctica su modo de pensar y ha hecho ensayo filosófico renovando la mejor tradición hispánica.

Guillermo de Torre advirtió inmediatamente la importancia de este libro que, en contraste con la abundantísima e hiperbólica bibliografía sobre Unamuno, en gran parte compuesta de paráfrasis superficiales, ahincaba en una nueva lectura de reflexión fértil y actualizada. Pero lo más importante quizá —y en este punto coincidimos plenamente con Torre—, es que Olaso ha construido un ensayo unamuniano por su asistematismo y rápida sucesión de motivos, que reobra sobre el lector y suscita su inmediata reacción.

Un libro como el de Olaso sólo puede explicarse por la singular pervivencia de la figura y de la obra de Unamuno que, por esos años, al par que hacía difícil una lectura objetivada, mantenía su poder de incitación. [32]

5. Unamuno hoy

Al llegar a la consideración del ciclo posterior, correspondiente a las décadas que van de los setenta a los ochenta, como en todo análisis de lo contemporáneo, la percepción, el ordenamiento y el juicio se hacen extremadamente difíciles.

La vigencia actual de Unamuno en España es, como se sabe, discutida. Algunos, como Julián Marías, no sólo se inclinan por la respuesta afirmativa, sino que agregan nuevos aspectos al balance de sus influencias: «ha conseguido que el *presente* español se dilate hasta fechas incomparablemente más lejanas que en cualquier otro país que conozca». [33] Por el contrario, en una de las historias de la literatura más difundidas actualmente, el dictamen es negativo: «inevitable mengua del crédito unamuniano», «(sobra) la ganga filosófica y el tono amonestador y algo megalómano que los reiteran». [34]

De hecho, el volumen de producción unamunista ha decrecido notoriamente en estas décadas. Lo que se escribe desde América o lo que escriben los americanos aparece esporádicamente y, sobre todo, en revistas especializadas (apuntamos, a distintas alturas de este último período, trabajos de Rafael Maya, Iris M. Zavala, Hugo Cowes, José Luis Martín, José Blanco Amor, entre otros). Excepcionalmente sobresalen algunas obras de mayor envergadura como el libro del argentino Luis A. Arocena, *Unamuno, sentidor paradojal* (Buenos Aires, Emecé, 1981), una completa exposición de vida, obra y

[32] *Ezequiel de Olaso*, Los nombres de Unamuno *(Buenos Aires. Sudamericana, 1963) (una parte del mismo, premiada por* La Nación *había aparecido en este diario en noviembre de 1962); Guillermo de Torre, «Una nueva interpretación de Unamuno»*, La Nación *(18-X-1964), supl. lit., p. 5.*

[33] *Julián Marías, «La pervivencia de Unamuno»*, Homenaje a López Morillas, *ed. J. Amor y Vázquez y A. David Kossoff (Madrid. Castalia, 1982), p. 318.*

[34] *José-Carlos Mainer*, Modernismo y 98, *en* Historia y crítica de la literatura española, *VI (Barcelona. Crítica, 1980), pp. 239-245.*

pensamiento, acompañada de una selección de textos, la cual revela un conocimiento acendrado por la frecuentación de muchos años y la experiencia histórico-filosófica de este distinguido universitario argentino.

Los programas de cursos y seminarios universitarios, las listas de tesis [35] y conferencias, las reediciones de textos, revelan cierto grado de presencia. Sin embargo, en la proximidad de este cincuentenario, es evidente que otro muerto célebre de aquel año ha absorbido la capacidad conmemoratoria: Federico García Lorca. (Bastante poco se ha publicado en América sobre Valle-Inclán, y casi nada sobre Maeztu y Grandmontagne).

Predecir, por tanto, el futuro de la recepción de Unamuno en América resulta aventurado. Parecería, al menos, que el modelo del héroe civil, en eterna oposición individualista, parece eclipsado por otros modos de acción política y social. Que cierta temática suya ha perdido actualidad —por ejemplo, la relación entre España y Europa ha perdido aristas conflictivas—; que muchas presupuestos doctrinarios e ideológicos del 98 y de Unamuno han perdido consistencia; que la estructura social americana se ha modificado mucho en estas últimas décadas. Que el especialismo creciente en la actualidad resta espacio a su humanismo omnicomprensivo, quijotesco, incitador, a lo Péguy. Que la dirección y sentido de sus luchas religiosas, coincidentes en parte con las desarrolladas posteriormente dentro de la Iglesia Católica —y especialmente en América—, por eso mismo han perdido audiencia en sus potenciales seguidores. Que la filosofía, en gran parte de América y del mundo, marcha por otros caminos. Que la exagerada idealización, la tendencia al mito y la utopía, la retórica arremolinada, hiperbólica, discontinua, repetitiva, de efectos abruptos del discurso unamuniano, han caducado como formas de pensamiento y de expresión.

En suma, parecería que, por ahora, interesan más la novela de Unamuno, como modelo estructural precursor, y su poesía, tan admirada por Borges. Sin embargo, una obra tan polifacética, la coexistencia en ella de tantos Unamunos, se abren hacia el futuro en espera de múltiples e impredecibles lecturas.

Emilia de Zuleta

[35] *Diego F. Pro dirigió una voluminosa tesis inédita:* Miguel de Unamuno y la posibilidad de una filosofía española, *de D. J. Botti de González (Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. 1982, 578 pp).*

Apenas me acuerdo de mi padre, que murió teniendo yo seis años, pero sus recuerdos de familia van unidos a Méjico. Porque mi padre, Félix de nombre, salió muy joven de su pueblo natal, Vergara, para irse a Méjico, a Tepic, a hacer fortuna. Volvió, ya muy maduro, casó con una sobrina carnal, mi madre, y dejó a ésta, paisana conservosa, caudal de tradición mejicana y de un espíritu formado en noble liberalismo. En el album de familia de mi casa materna, entre los retratos familiares y siempre, desde mi niñez, dos de ciudadanos universales y eran los de Abraham Lincoln y Benito Juarez. Y de los libros de la modesta librería de mi padre muchos eran de ediciones mejicanas. En una traducción de la Historia de Méjico del P. Clavijero me ensayé en ir apprendiendo ciertos términos aztecas y en ir contemplando su calendario. Tradiciones mejicanas encendieron mi imaginación infantil. Y lo que se añadía los relatos mejicanos que mi madre retenía de lo que a mi padre había oído. Y aun se guardaba en mi casa un precioso zarape, que hacía de sobremesa, y cuyos vivos colores son como un símbolo de los vivos colores — como de flores — que revistan el tejido de aquellos mis recuerdos infantiles de la tradición mejicana paternal. No sé si en Méjico, en mi, quedará, en algún anciano, recuerdo de aquel Félix de Unamuno y Larrazu, pero en mi, anciano ya, en la niñez del cincuento de mi alma, queda el resplandor remoto de aquel Méjico que fué el educador de mi madre y por ella de mi, su hijo. Al liberalismo de Vergara, a los amigos del País, se unió en mi hogar paterno el liberalismo del indiano que fué mi padre. Y es lo mejor que a Méjico debo.

Miguel de Unamuno

En Salamanca, a mis sesenta y un años.